

Si esto es liberación...

(4.27—5.23)

Entonces Moisés se volvió a Jehová, y dijo: Señor, ¿por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste? Porque desde que yo vine a Faraón para hablarle en tu nombre, ha afligido a este pueblo; y tú no has librado a tu pueblo (5.22–23).

Una mujer afligida escribió la siguiente carta:

¿Quién dijo que el tiempo sana todas las heridas? ¿Quién dijo que Dios consuela? ¿Acaso me acompaña Él al cementerio hasta la sepultura de mi hijo de seis años que murió de leucemia hace doce años, o hasta la sepultura de mi hija de dieciocho años que murió de linfoma hace dos años? ¿Llora Él conmigo? ¿Hay algo que Él pueda hacer para aliviar el dolor? ¿Sabrá Él cuánto duele orarle a un Dios que [se espera que] sea misericordioso?, ¿amoroso?, ¿comprensivo? Yo trabajo en un hospital. ¿Anda Él por los pasillos visitando a los enfermos, a los que agonizan? ¿Está Él allí para aliviar el dolor, para enjugar las lágrimas? ¡No! ¡No! ¡No!... Así es como me sentiré hoy, y mañana, y siempre. ¿Hay de veras un Dios, o será Él una creación mental del hombre?... No me satisfacen las respuestas que da la religión... Me gustaría encontrarme cara a cara con Él y «decirle las cosas tal como son».¹

¿Se ha preguntado usted alguna vez si el vivir por Cristo vale la pena el esfuerzo y la molestia? Puede que usted esté poniendo en duda si valen la pena actividades tales como asistir a los cultos, hablar con sus amigos acerca del Señor, guardarse del mal vocabulario, leer su Biblia y orar regularmente.

A veces las personas les dan sus vidas al Señor al bautizarse en Cristo o al volver a dedicarle sus vidas al Señor; y se mantienen fieles por un tiempo, pero parecieran tener más problemas después de haber llegado a ser cristianos comprometidos, que los que tenían antes. ¿Se ha deteriorado su vida familiar y de hogar desde que tomó la decisión de seguir a Jesús? ¿Ha habido problemas con el trabajo, tal vez la pérdida de un empleo o el no poder hallar uno? ¿Está usted teniendo problemas de falta de dinero? Tal vez usted notó que los problemas comenzaron después de haberle dado su vida al Señor.

A menudo esperamos que Dios nos allane el camino de la vida. Ciertos evangelistas enseñan que ganaremos más dinero, y que tendremos menos problemas, si le damos nuestras vidas al Señor. Ya teníamos problemas antes de llegar a ser cristianos, pero tal vez nos pareció que se nos agigantaron después de tal decisión, porque esperábamos que el Señor nos los resolviera. Podemos entender la dificultad de una nación esclavizada en Egipto, cuando hablamos de la frustración y decepción que se estaban llevando.

UNA DECEPCIONANTE LIBERACIÓN

Moisés había sido comisionado por Dios, para liberar a Israel de la cruel esclavitud a la que lo tenían sometido los egipcios. Él debía encontrarse con su hermano Aarón antes de entrar en Egipto, y luego reunirse con los líderes de la nación israelita. Aarón debía ser su portavoz. Moisés y Aarón tuvieron un encuentro lleno de lágrimas y de gozo en el desierto: «Y Jehová dijo a Aarón: Ve a recibir a Moisés al desierto. Y él fue, y lo encontró en el monte de Dios, y le besó. Entonces contó Moisés a Aarón todas las

¹ Batsell Barrett Baxter, *When Life Tumbles In (Cuando la vida es un desbarajuste)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1974), 36.

palabras de Jehová que le enviaba, y todas las señales que le había dado» (4.27–28).

Después de su reunión, Moisés y Aarón viajaron a Egipto, probablemente estimulados y entusiasmados con la idea de grandes milagros que estaban a punto de ocurrir, y de la liberación de su pueblo después de 430 años de esclavitud. Ni ellos, ni sus padres, ni sus abuelos habían conocido antes la libertad. ¡Lo anterior debió haber sido un gran aliento para estos hombres!

Moisés y Aarón les hablaron sin rodeos a los líderes de Israel:

Y fueron Moisés y Aarón, y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel. Y habló Aarón acerca de todas las cosas que Jehová había dicho a Moisés, e hizo las señales delante de los ojos del pueblo. Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron (4.29–31).

Los israelitas se quedaron estupefactos y se humillaron ante esta muestra del amor de Dios. Estaban agradecidos de que Dios había visto la lamentable situación en la que se encontraban, y que no permitiría que continuara por más tiempo. Se inclinaron y adoraron. ¡Ese debió haber sido un grandioso momento! Dios había guardado silencio por generaciones enteras. Es probable que dudaran de la existencia de Él. Ahora sabían que Dios había estado atento y se preocupaba.

Después de esta reunión con los líderes de Israel, Moisés y Aarón se apersonaron por primera vez ante el poderoso Faraón, rey de la más poderosa nación sobre la tierra. Moisés y Aarón fueron directo al grano.

Después Moisés y Aarón entraron a la presencia de Faraón y le dijeron: Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto... Y ellos dijeron: El Dios de los hebreos nos ha encontrado; iremos, pues, ahora, camino de tres días por el desierto, y ofreceremos sacrificios a Jehová nuestro Dios, para que no venga sobre nosotros con peste o con espada (5.1–3).

Esto fue lo que Dios le ordenó decir a Moisés. Moisés era ahora un obediente siervo del Altísimo, a pesar de haber titubeado en su fe anteriormente.

Note la reacción de Faraón:

Y mandó Faraón aquel mismo día a los cuadrilleros del pueblo que lo tenían a su cargo, y a sus capataces, diciendo: De aquí en adelante no daréis paja al pueblo para hacer ladrillo, como hasta ahora; vayan ellos y recojan por sí mismos la paja. Y les impondréis la misma

tarea de ladrillo que hacían antes, y no les disminuiréis nada; porque están ociosos, por eso levantan la voz diciendo: Vamos y ofrecemos sacrificios a nuestro Dios (5.6–8).

La que ya era una esclavitud problemática, llegó a convertirse en salvajismo. Los cuadrilleros ordenaron que los israelitas recogieran por sí mismos la paja que se necesitaba para hacer ladrillos.

Muchos dicen que la obsesión de este Faraón con la construcción, es un indicio de que él fue Ramsés el Grande, el más notable de los Faraones edificadores. Erigió pirámides, ciudades y monumentos a su propia grandeza.

Faraón acusó a los Israelitas de perezosos por pedir tres días para ir a ofrecerle culto a su Dios. El versículo doce insinúa que las familias pudieron haberse dividido por causa de la nueva orden. El pueblo «se esparció» por toda la tierra de Egipto para recoger rastrojo con el cual hacer ladrillos.

Después de una fallida reunión con Faraón, los israelitas se reunieron con Moisés y Aarón nuevamente, y les dijeron: «... nos habéis hecho abominables delante de Faraón y de sus siervos, poniéndoles la espada en la mano para que nos maten» (5.21). Moisés, entonces, preguntó al Señor: «Señor, ¿por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste? Porque desde que yo vine a Faraón para hablarle en tu nombre, ha afligido a este pueblo; y tú no has librado a tu pueblo» (5.22–23).

A Moisés y a los israelitas les parecía que las cosas empeoraron desde el momento que se convirtieron en creyentes de la liberación divina. Pudieron haberse visto tentados a decir: «Si esto es liberación, ¡prefiero no recibirla!». Sin embargo, en lugar de hablarle amenazadoramente al Señor, Moisés sencillamente preguntó: «¿Por qué?». Dios le dijo a Moisés: «Ahora verás lo que yo haré a Faraón; porque con mano fuerte los dejaré ir, y con mano fuerte los echaré de su tierra» (6.1). En otras palabras, lo que Dios estaba diciendo era: «Tengo Mis razones, además, ¡Israel será liberado! ¡Te mostraré Mi gran poder!».

LOS PROBLEMAS SE DAN

Cuando enfrentemos circunstancias difíciles, recordemos dos verdades.

El que seamos cristianos no significa que todos nuestros problemas serán resueltos. No es cierto lo que les comunicamos a los incrédulos, cuando al hablar con ellos acerca de la iglesia y acerca de Cristo, les decimos: «Si vienes a Cristo y enmiendas tu vida, ¡todos tus problemas serán resueltos!». ¡No es eso lo que la Biblia dice! Nos promete que

seremos nuevas criaturas (2ª Corintios 5.17). Se nos promete que los más apremiantes problemas de nuestras vidas, es decir, nuestros pecados y nuestra culpa, son lavados en la sangre de Cristo. Pero la Biblia no garantiza comodidades, una vez que Cristo entra en la vida de la persona. En el caso de Israel, más bien, la vida se les puso más difícil.

El hecho de tener problemas no significa que seamos débiles espiritualmente. Esta es la idea que se transmite en muchos lugares de las Escrituras. El hecho de tener problemas significa sencillamente ¡que somos *humanos!* Todos tenemos problemas. Puede que, aun siendo muy espirituales, ¡todavía tengamos que tratar con un difícil dilema de la vida! De hecho, algunos de los hombres y mujeres más espirituales de la historia, han tenido que vérselas con algunos de los más serios problemas de la vida.

Piense en Job. ¿Por qué sufrió? Él no tuvo una respuesta en cuanto a la razón que había detrás de sus padecimientos. No entendía por qué. Sus amigos le decían continuamente que la razón residía en que él había pecado.

El apóstol Pablo tuvo problemas. Tenía problemas fuera de la iglesia. Sus antiguos amigos lo querían ver muerto, pues era un traidor de la religión judía. Fue maltratado, incluso, por los de la misma iglesia. A algunos cristianos les parecía que él no tenía derecho de ser apóstol. Algunos estaban envidiosos de Pablo, y de algún modo, ello causó que el tiempo que estuvo en prisión, fuera más dificultoso (Filipenses 1.14). Pablo era perseguido por gente que estaba fuera de la iglesia, y criticado por los que estaban dentro. Había estado en naufragios, había sido azotado, apedreado, puesto en ridículo. Antes de su conversión era respetado, y es probable que fuera rico. Lea lo que Pablo tuvo que decir: «...estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos;...» (2ª Corintios 4.8–9). Cuando Pablo le entregó su vida a Cristo, la vida se le puso más difícil.

Si tenemos problemas, ello no necesariamente significa que no estamos bien con el Señor. Para algunos de nosotros, los problemas, las penas y los dilemas son ataques de Satanás. Éste ataca principalmente a los cristianos nuevos. Esto es lo que se nos advierte: «Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar;...» (1ª Pedro 5.8). ¿Ha observado usted alguna vez en su vida, a un león en el momento que está cazando? Cuando los leones tienen hambre, ellos buscan con

cuidado entre los antílopes de una manada a las pequeñas crías. Cuando las crías se separan de sus madres, no hay quien las ayude. Los leones siempre atacan a los miembros jóvenes o enfermos de la manada. Del mismo modo, el diablo sabe que sus mejores oportunidades se encuentran entre los jóvenes o débiles en la fe. Estoy convencido de que sus más feroces ataques los lanza sobre los que son menos capaces de rechazarlos. La Biblia nos alienta a mantenernos firmes:

... al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca (1ª Pedro 5.9–10)

Las aflicciones son los ataques que Satanás lanza sobre los cristianos. ¡A veces el ser fieles significa tener más problemas! Gracias sean dadas a Dios que puede establecernos y fortalecernos. No se rinda. ¡No se dé por vencido!

Dios desea que tengamos éxito. Él desea ayudarnos. Confíe en Él. Crea en Él. Cultive una comunión más estrecha con hermanos y hermanas más fuertes en Cristo, que ya han superado batallas como las tuyas. Dios es nuestro socorro instantáneo cuando estamos teniendo problemas: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza» (Salmos 46.1–3).

LA RESISTENCIA

¿Cómo podemos resistir cuando somos probados? Esto es lo que se nos aconseja: «Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes» (Efesios 6.13).

Note la reacción que mostraron los cristianos cuando Pedro fue arrestado y encarcelado:

En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan. Y viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro. Eran entonces los días de los panes sin levadura. Y habiéndole tomado preso, le puso en la cárcel, entregándole a cuatro grupos de cuatro soldados cada uno, para que le custodiasen; y se proponía sacarle al pueblo después de la pascua. Así que Pedro estaba custodiado en la

cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él (Hechos 12.1-5).

La iglesia estaba pasando por momentos muy tristes. No hay duda de que los cristianos estaban desesperados a causa de que a este primer apóstol, Jacobo, lo habían matado. ¿Cómo podemos bregar con nuestras dificultades y desánimos?

Vuélvase a la oración. En tiempos de tribulación necesitamos una comunión íntima con Dios. Necesitamos estar orando; necesitamos que el pueblo de Dios ore por nosotros. La noche anterior al juicio de Pedro, las oraciones ascendieron como incienso de un altar hasta el Padre que está en los cielos. Aquella noche, un ángel enviado desde los cielos liberó a Pedro.

Uno podría poner como excusa: «¡Yo no sé qué pedir en oración!». Romanos 8.26-27, dice:

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

Cuando no sabemos qué decir en oración, el Espíritu lleva nuestras lágrimas a la sala del trono que está en los cielos. Dios conoce nuestra tristeza o depresión. Él se mueve en nuestros corazones. ¡Dios es un Dios que puede! Es más que esto, es nuestro Padre. Vela por nosotros. Desea que encontremos refugio en Él.

Vuélvase al pueblo de Dios. La iglesia se reunió para orar por Pedro. Cuando navegamos sobre aguas encrespadas, necesitamos al pueblo de Dios alrededor nuestro. Tenemos ancianos que se preocupan por nosotros. ¿Qué hacemos la mayoría de nosotros en tiempos de tribulación? Nos retiramos; nos quedamos a solas. Dejamos de asistir a los cultos. «Necesito estar a solas algún tiempo», decimos. ¡Al contrario! ¡Necesitamos comunión!

¿Por qué le tememos a la vulnerabilidad? ¡Nos produce temor el presentarnos entre los demás miembros de la iglesia con un problema! Creemos que todo debe marchar a la perfección. No hacemos partícipes a los demás de nuestras angustias, de nuestros verdaderos problemas, de nuestras lágrimas; ¡pero esto es lo que deberíamos hacer! ¡Necesitamos al pueblo de Dios! Si los hermanos en Cristo no se pueden ayudar unos a otros aconsejándose, orando y haciéndose partícipes de sus problemas, ¿de qué utilidad podemos sernos

unos a otros? ¿Cómo le podremos ministrar a los perdidos cuando no podemos ministrarles a los nuestros?

Los gansos que se dirigen al sur a invernar, forman una «V» al volar. ¿Por qué? Para trabajar juntos haciéndose más fácil el largo y difícil viaje unos a otros.

Vuélvase a las promesas de Dios. Medite en ellas.

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia... (2ª Pedro 1.3-4).

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados (Romanos 8.28).

¡Piense en las promesas que son nuestras si llegamos a vencer!

El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida el cual está en medio del paraíso de Dios.

El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.

El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe (Apocalipsis 2.7, 11, 17).

CONCLUSIÓN

Moisés estaba decepcionado del resultado obtenido después de la primera reunión con Faraón. Los israelitas estaban decepcionados. Pero Dios tenía un plan. Su gran poder sería demostrado.

En tiempos de dificultades, nuestra fe en un omnisciente Dios debe permanecer firme. ■

El nombre *Éxodo* viene de la Septuaginta y significa: «salida» o «partida». Aparece en 19.1: «En el mes tercero de la salida (del griego: *exodos*) de los hijos de Israel...».¹

¹ Wilbur Fields, *Exploring Exodus (Exploración de Éxodo)* (Joplin, Mo.: College Press, 1976), 4.